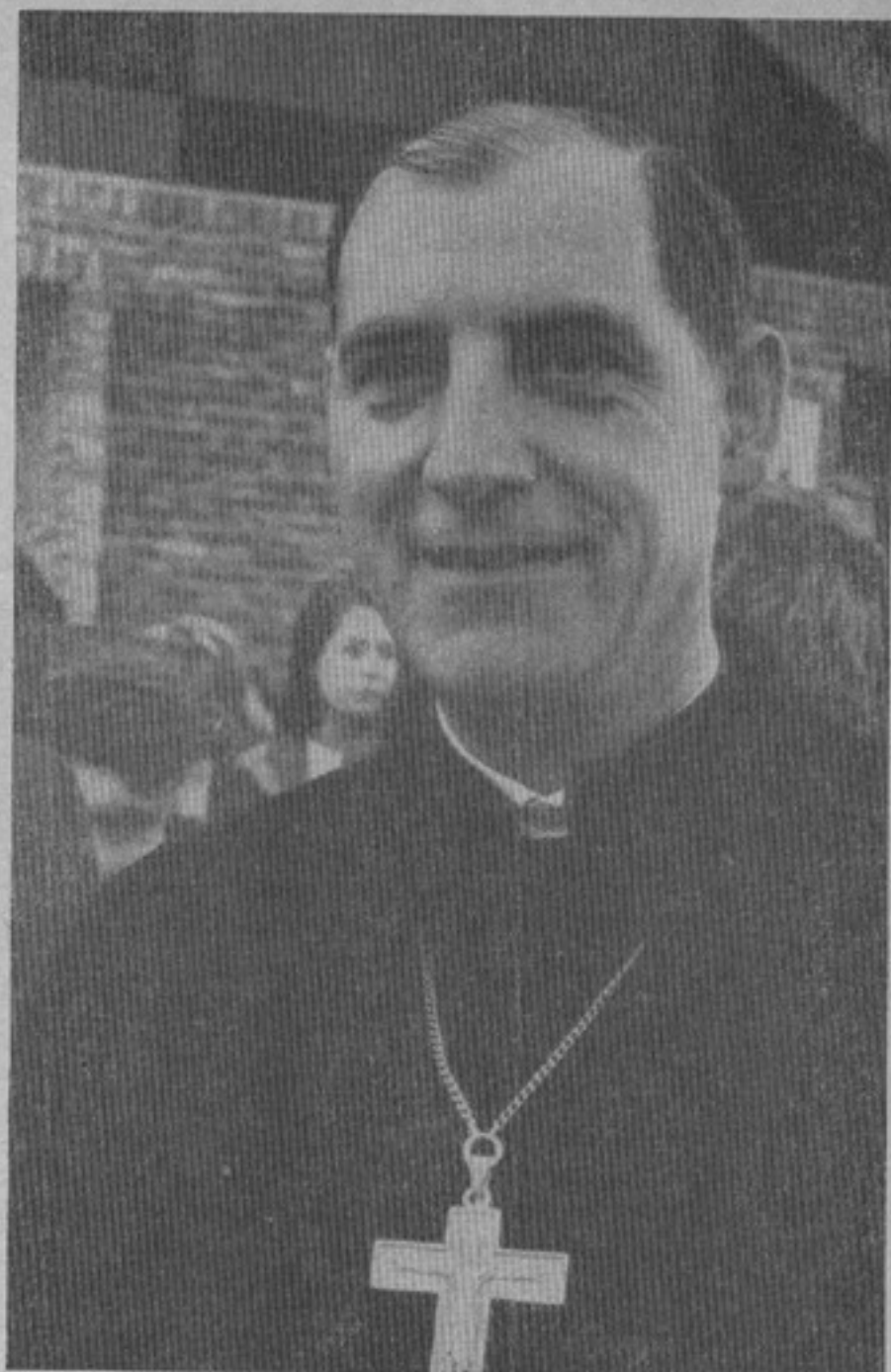


# PODESTA:



## recapitulando

Han pasado tres meses desde la renuncia de Mons. Jerónimo Podestá a la diócesis de Avellaneda. El escándalo, planificado en torno al hecho, alcanzó rápidamente su clímax y se diluyó en un par de semanas. Parecería incluso que el verano, sedante de crisis políticas, ha hecho bajar la temperatura de una crisis eclesiástica, o que le ha impuesto, al menos, una tregua. En tales circunstancias, nos preguntamos si sería conveniente remover el asunto, y hemos vacilado dolorosa y cristianamente. Podría resultar que le

hiciéramos el juego a los promotores del escándalo, que perturbáramos la intimidad de las personas afectadas por el suceso, que confundiéramos más a los lectores, que no quedara a salvo, suficientemente, el respeto que merecen la dignidad de un obispo, de un nuncio, de un cardenal, de un episcopado; que, desconociendo la totalidad de los hechos en su exacta dimensión y no pudiendo, por tanto, hacer justicia a la verdad, cayéramos en apreciaciones incorrectas. Frente a tales peligros, hemos pensado que la

renuncia de un obispo constituye un acontecimiento demasiado insólito e importante como para que sea pasado en silencio por una revista que pretende reflexionar sobre la actualidad a la luz de lo eterno, y que el ámbito de lectores de ESTUDIOS es lo suficientemente selecto como para no temer el escándalo o caer en el sensacionalismo. Por otro lado, aunque es verdad que se nos escapan datos del problema, pensamos que en la historia, dentro de su misteriosa incognoscibilidad, descubriremos siempre acciones buenas o heroicas que destacar, y situaciones lamentables que nos llamen a prudencia y confianza en Dios. Por último, la "mundaneidad" o visión carente de fe, con que cierta prensa sensacionalista ha manoseado un asunto, no simplemente "eclesiástico" sino fundamentalmente religioso, nos mueve a intentar desbrozar el terreno de maleza y escorias.

Muchas personas prudentes han considerado un deber guardar silencio sobre el asunto. Merecen todo nuestro respeto. Pero otros, más tímidos que prudentes, más cautelosos que valientes, sólo desearían no hacer más ruido y echar tierra encima, pensando en el deterioro humano y político de la Iglesia. Respiran con alivio al comprobar que se aleja la tormenta y que termina el escándalo.

Cuando comenzó el Concilio, no faltaron tampoco quienes lamentaran la apertura hacia la prensa; lo que no habían podido lograr los anticlericales, ridiculizar a la Iglesia, les llovía del cielo, mejor dicho del Vaticano. Enfrentamientos entre liberales y conservadores, intrigas de la Curia, grupos de presión sobre el Papa, todo era notificado y comentado por los mismos obispos. Se perdía, para algunos, el respeto a la autoridad sagrada, a la jerarquía.

Lo que no se comprendió fue que la Iglesia había elegido un nuevo rumbo: el del diálogo, la sinceridad, las puertas abiertas. Se archivaban los procedimientos secretos del antiguo Santo Oficio. Las discusiones y tendencias en la Iglesia y al interior de la jerarquía, no eran considerados ya como signos de debilidad o inseguridad, sino, por el contrario, de búsqueda y crecimiento. Pone de manifiesto una característica de la Iglesia, el ser peregrina en la historia, avanzando en la penumbra de la fe.

Lo que la Iglesia ganaba anteriormente ocultando las crisis de su Jerarquía, lo perdía en parte, si no en todo, por la profusión de leyendas que intentaban llenar ese vacío. Las calumnias contra Pío XII, de la obra de teatro "El Vicario", comenzaron a diluirse con la apertura de los archivos vaticanos. La Iglesia nada tiene que ocultar para salvar un supuesto prestigio, una buena fama mundana. Sólo guarda silencio por respeto a las personas, no por temor a la crítica o al descrédito.

## El Silencio de los Obispos

La comunicación no es sólo una **técnica**: es básicamente un **arte** del espíritu humano. Supone una comunión entre los interlocutores, un proceso de mutua asimilación. A nadie podemos decirle repentinamente: "Tu madre ha muerto". Y precisamente en el asunto Podestá se echó de menos el arte de la comunicación, mientras la técnica le concedía la primera plana en sus órganos de difusión. El lector, laico o clérigo, fue agresivamente sorprendido. No estuvo preparado antes, ni durante ni después del proceso. Presentía que quedaba en manos de los técnicos de la difusión, que estrujarían el tema hasta exprimirle la última gota de sensacionalismo.

Nada comentó la Santa Sede, ni el Episcopado, ni la Nunciatura. O no podían o no querían hablar. Poco se ha reflexionado, quizás, sobre este significativo silencio, en momentos en que parecía imperiosa alguna aclaración. Sólo Mons. Podestá habló. Seguía siendo Obispo en la Iglesia católica, legítimo sucesor de los Apóstoles en el anuncio del Evangelio. Podía hablar con autoridad propia, no como el simple sacerdote que preside la comunidad cristiana en nombre del Obispo.

El silencio de sus hermanos en el episcopado fue atribuido por algunos a pusilanimidad, o a desconexión del asunto, cuando no a una secreta complicidad en la supuesta maniobra del Nuncio. Prescindiendo de lo que se refuta por sí mismo, pensemos, más bien, si no puede ser interpretado ese silencio como un gesto de solidaridad. Se reconocía tácitamente que la palabra de un Obispo era suficiente, no correspondía hacerle aclaraciones, no requería ser apuntalada, no podía ser interpelada. Aun sin autoridad sobre una diócesis determinada, continuaba Mons. Podestá siendo miembro del cuerpo episcopal y, en cuanto tal, Pastor de la Iglesia universal.

No lo entendieron así algunos sacerdotes que, con la mejor buena intención y sincera lealtad, salieron a defender a su Obispo. Uno de ellos dio público testimonio de la total ortodoxia de Mons. Podestá. Olvidaba que propiamente es el Obispo el que debe dar testimonio de la ortodoxia de un sacerdote. El Obispo es Doctor en la Iglesia por derecho propio. El simple sacerdote puede llegar a serlo por sus estudios, y, aún así, sus publicaciones requerirán el placet del Obispo.

## "Roma Contra la Argentina"

Así tituló su artículo un semanario llevado por su afán de sensacionalismo. Pero esto es tan inexacto como tendencioso. Nadie tuvo conciencia de que se tratara de un conflicto con el Papa. Pablo VI, autor de la **Populorum progressio**, no podía desautorizar a uno de sus más fervientes propagadores en la Argentina. El pedido de renun-



cia, formulado por el Papa, no equivalía a luz roja para la difusión de la Encíclica en el país. Roma no frenaba la acción social. Más aún, se había pensado en Mons. Podestá para integrar el organismo romano **"Iustitia et Pax"**, de reciente creación.

El papel de intrigante, repartido al Nuncio, requería un Papa condescendiente, abstraído o inexperto. Así asegura el mismo semanario que **"el convaliente Pablo VI firmó una sanción que ya otros habían tomado por él"**. Cuando uno recuerda el empeño y la impotencia de los médicos para mantener al Papa en reposo relativo durante el Sínodo de Obispos en Roma, no resulta fácil imaginarse un Papa convaliente firmando sanciones que otros han tomado por él. Su extraordinaria capacidad de trabajo, la importancia de primer orden que revisten los asuntos referentes a nombramientos o renunciaciones de Obispos, el tratarse de una diócesis con más de un millón de feligreses y en una zona fabril, y de un obispo tan notorio en Argentina como Helder Cámara en Brasil por la difusión de la **Populorum progressio**, todo esto hace inverosímil la figura de un Papa condescendiente o manipulado.

En el siguiente número del mismo semanario se dice que el Papa **"tomó abiertamente el partido del clero tradicional, que ve a la mujer como una fuente de todas las tentaciones"**. Al hacer tal afirmación olvidó el anónimo periodista que, bajo Pablo VI, aprobó el Concilio la existencia de diáconos casados, que fue el primer Papa de los últimos siglos en autorizar ordinariamente el matrimonio de los sacerdotes que dejan el ministerio sacerdotal, que en su Encíclica sobre el celibato replanteó a fondo todo el problema como no se había hecho hasta ahora en ningún documento eclesiástico, que introdujo las mujeres en el Concilio y últimamente en altos organismos de la Curia romana, etc.

Pablo VI no pudo pedirle la renuncia por el simple hecho de contar con una secretaria. Centenares de obispos y sacerdotes en todo el mundo disponen de secretarías, sin que peligren por ello la mitra o el cargo. Los comentarios y suspicacias han derivado, en general, hacia el sufijo femenino del término. Pero, ¿se ha pensado si la situación no sería idéntica tratándose de un secretario?

Los colaboradores de una persona no pueden dejar de involucrar a ésta en sus desaciertos. Los asesores de Kennedy, tanto militares como políticos, confiesan que le recomendaron unánimemente la invasión de Cuba, trágico error del que nunca pudo reponerse enteramente. Continuando la expresión de Ortega, diríamos que un hombre público es él y su circunstancia, él y sus colaboradores. Y constituyen una unidad dinámica tan compenetrada que, generalmente resulta imposible delimitar responsabilidades.

Asistimos actualmente a un proceso, en la línea de renovación conciliar, con el cual los laicos

van asumiendo mayores responsabilidades en la Iglesia. Pero este cambio no se da sin penosos tanteos y fracasos, lo cual sirve de excusa a más de uno para retardar el proceso. Junto a laicos eficientes y leales, descubrimos algún oportunista. No nos parece aventurado afirmar que administradores laicos de curias episcopales, inescrupulosos o ineficientes, han hecho estremecer la mitra de algún obispo.

En el caso de Mons. Podestá, la maledicencia se cebó al comprobar que el colaborador laico, **oportunista** del conflicto, pertenecía al sexo femenino. Ya no eran tan raras las crisis sacerdotales que terminaban en matrimonio. Se pensó que le tocaba a un obispo. Y se erró, mucho peor aún, se calumnió. Podestá preparó, entonces, una declaración para el caso —que se creía inminente— de que la prensa recogiera la calumnia, parapetada en el clásico **"habríase comentado"**. Felizmente, la calumnia no se imprimió, pero lamentable e inexplicablemente, la declaración del obispo llegó hasta la prensa. La defensa precedía a la acusación, el comunicado sonaba a un golpe en el vacío, a una explicación no pedida. Por un malentendido —en el mejor de los casos—, la figura del obispo se deterioraba ante el gran público.

## **"Se Puede Vivir sin Nuncio..."**

**"Se puede vivir sin nuncio, pero no sin obispo"**. Es ésta una de las "frases con riesgo" que le atribuye a Mons. Podestá la revista **Panorama** (enero). No podemos verificar su autenticidad, pero nos permitimos una reflexión sobre la misma, después de todo lo que se ha dicho sobre el nuncio.

En el Concilio se oyeron algunas quejas sobre los nuncios. Sus poderes, en relación a los de los obispos, parecían excesivos. Representando a la Santa Sede, todas sus opiniones parecían irrefutables. Por su país de origen, eran poco representativos de la universalidad de la Iglesia. En su gestión se confundían más de lo conveniente lo religioso con los asuntos temporales; correspondían a una imagen "triumfalista" de la Iglesia, etc. Para remediar algunos de estos males, se pidió que los nuncios pudieran ser laicos, con lo cual no podrían imponerse a los obispos en los asuntos estrictamente religiosos.

La última proposición no deja de ser interesante, pero equivale más a un cambio de personas que de estructuras. Pienso que estamos viviendo un tiempo de transición en que pasamos lentamente de una estructura vaticana, en que la Santa Sede es concebida como un estado entre los estados, con sus representantes diplomáticos y sus concordatos, a una estructura más evangélica, como se descubre en los primeros siglos de la Iglesia, cuando carecían de sentido las relaciones exte-



riores. Quizás en el futuro se recuerde la existencia de los nuncios como ahora recordamos la de los estados vaticanos, providencialmente arrebatados a la Iglesia hace un siglo. Tal vez los católicos podamos aprender algo, actualmente, de las Iglesias ortodoxas y protestantes, sin Estado propio, sin diplomáticos, sin concordatos.

De acuerdo a esto último, es evidente que se puede vivir sin nuncio, pero no sin obispo. Pero aunque los nuncios, como los cardenales, correspondan sólo a un período de la historia de la Iglesia, han desempeñado y desempeñan, de hecho, una multitud de funciones fundamentales en la vida de la Iglesia. Eran los nuncios quienes prácticamente cohesionaban a los obispos de cada país, demasiado aislados en sus respectivas diócesis, fomentando de este modo la colegialidad regional del episcopado, aunque dentro de un planteo más bien verticalista. Eran los nuncios quienes mantenían el contacto de los obispos de cada nación con el cetro de la unidad católica. Desde este punto de vista, no se puede prescindir de las funciones desempeñadas por los nuncios, pues corresponden a verdaderas funciones episcopales.

## **Del Nuncio al Episcopado**

A partir del último Concilio Vaticano se ha desarrollado ampliamente la teología y la práctica de la colegialidad episcopal. El Sínodo, en escala universal, y las Conferencias episcopales, a nivel nacional, constituyen sus mejores realizaciones. De esta forma, el centro de gravitación se desplazará lentamente del nuncio hacia la Conferencia episcopal. En esta evolución, precisamente, ha sido sorprendida la Iglesia argentina por el asunto de Podestá. En otros países, y en parte por circunstancias ajenas al nuestro, la evolución ha sido más rápida. Los episcopados del norte de Europa dieron la impresión de ser los más rápidos en estructurarse. Aquí el ritmo fue más lento. En plena crisis los periodistas rebotaban entre la curia de Buenos Aires, la nunciatura y la asamblea de obispos, en San Miguel. Nadie podía señalar por dónde corría el eje del poder, o, diríamos mejor, de las responsabilidades.

Se supuso, algo precipitadamente, que el nuncio había montado el operativo y que los obispos se habían lavado las manos. A cada uno se lo juzgaba de acuerdo al punto de partida o de llegada del proceso, olvidando que se estaba en el medio. El nuncio debió cargar con la odiosidad despertada por los defectos de la estructura anterior. Se tomaba conciencia, repentinamente, de que los nuncios habían gozado de excesivo poder. Esa conciencia, combinada con el sentimiento de solidaridad con Mons. Podestá, por su situación personal y por su misión evangélica y social, germinó en muchos en indignación y rebeldía contra el representante del Papa.

Los obispos, por otro lado, eran considerados pu-

silánimes o indiferentes de acuerdo a una estructura que estaba apenas en germen. Aún está fresca la tinta del Primer Plan nacional de pastoral, que viene a ser como el fundamento teórico de la futura práctica pastoral a nivel nacional. Los obispos están pasando de una estructura localista diocesana a otra nacional y colegiada. En el anterior sistema, cada obispo se sentía responsable exclusivamente de su propia diócesis. No le correspondía inmiscuirse en los asuntos de sus vecinos, como nos parece ahora que no le corresponde al episcopado argentino inmiscuirse en los asuntos religiosos de Uruguay o Chile. Resulta así comprensible que los obispos hayan sido más espectadores que actores en el conflicto de la diócesis de Avellaneda.

Esta situación histórica de la Iglesia argentina explica, en parte, el que no se hubieran podido disipar ciertas dudas de un gran número de fieles. Querían éstos asegurarse de que la renuncia de Mons. Podestá no significaba: 1) Una claudicación de la Iglesia ante supuestas presiones del gobierno. 2) Un retroceso de la Iglesia en su acción social, de acuerdo a las directivas de la **Populorum Progressio**. 3) Una forma drástica de eliminar a los elementos más renovadores de la Iglesia. 4) Una maniobra indigna de la autenticidad cristiana. Que no hubo nada de esto, lo sospechaban unos, lo deseaban otros, lo dudaban muchos. Sólo podemos desear que, en adelante, y como experiencia recogida, pueda la Iglesia argentina contar con un episcopado ya suficientemente integrado, que pueda asumir colegiadamente la responsabilidad de hechos que el país vive como patrimonio común, sin reflexionar que se depende de este obispo o de aquel otro.

## **Podestá y el Nuncio**

No pocos se extrañaron de que no se hubieran tomado medidas contra los sacerdotes "rebeldes", que protestaron públicamente contra el nuncio. Pero debemos preguntarnos si se trata en general de rebeldía. Vivieron comprometidamente lo que estimaron ser un conflicto entre el nuncio y un obispo. No era cuestionado el Papa. Tanto el nuncio como el obispo representaban al Papa. Mejor dicho, sólo el nuncio **"representaba"** al Papa. El obispo, como el mismo Papa, representa a Cristo. El nuncio, por su función, prescindiendo de que sea o no obispo, es un **funcionario** del Papa, como lo son también, en general, los miembros de la curia romana. **Los obispos, en cambio, no son funcionarios del Papa**, como lo aclararon los obispos alemanes ante Bismarck, después del primer Concilio Vaticano, hace ya un siglo.

Un grupo de sacerdotes y laicos defendió bulliciosamente al obispo de Avellaneda. Lo hacían deseando adherirse al Papa y al Concilio, a la **Populorum Progressio** y a la renovación de la

Iglesia. En las manifestaciones y panfletos se coreó el estribillo: **"Podestá sí, nuncio no"**. Seguían al obispo, quien había hecho personalmente responsable al nuncio. A propósito de este "nudo gordiano", deseamos hacer algunas aclaraciones:

1) En primer lugar, creemos que todos los comunicados aparecidos a nombre de Mons. Podestá, deben ser puestos entre paréntesis. El simple hecho de que una "Carta a los laicos" haya sido desautorizada por el último de los comunicados, nos hace pensar que otras manos se tomaron la libertad, Dios quiera que con buena intención, de escribir algunos párrafos con la pluma del obispo. Sabemos, por otro lado, como ya lo indicamos, que el comunicado explicando el motivo de la renuncia, estaba condicionado en su publicación.

2) De acuerdo a lo publicado, Mons. Podestá hacía responsable al nuncio, porque la noticia de su renuncia había trascendido antes de tiempo. Eso dio pie para hacer responsable al nuncio de toda una supuesta maniobra para "defenestrar a Podestá".

3) Personas responsables han negado que la noticia trascendiera por la nunciatura. En este supuesto, diríamos que si un Papa puede estar mal informado, también puede estarlo un obispo.

4) Pensamos que las palabras pronunciadas por un hombre en momentos de crisis no pueden ser consideradas como definitivas. Sería contra las leyes de la psicología pretender que un hombre, con el dolor de tener que dejar una diócesis a la que entregó su vida, comprendiendo que es calumniado y que no puede defenderse adecuadamente, con la confusión de quien se siente noticia y escándalo, y, finalmente, con el agotamiento que producirían a cualquier persona normal sus múltiples ocupaciones, hable y escriba con un estilo sereno y preciso, fríamente objetivo y escuetamente expositivo.

## **Cristo de nuevo crucificado**

Se ha dicho que con Podestá se revivió el drama de la Pasión. Y es cierto, pero no precisamente en la forma popularizada por algún retoño de Voltaire. En el libreto, nadie ha sido relegado. El que no representa a Judas, encarna

a Caifás o se lava las manos con Pilato. El compositor olvidó autodesignarse evangelista.

Y en verdad que Cristo ha sido de nuevo crucificado. La Iglesia ha revivido la pasión. En otras circunstancias, se señaló a los judíos. Ahora, se buscó otro chivo expiatorio, con un elenco más repartido. En realidad, cuando acusamos a otros estamos **lavándonos las manos** de la responsabilidad que nos cabe en la pasión de Cristo.

Los que nos sentimos identificados con Mons. Podestá por lo que significa su persona, su conciencia cristiana, su testimonio de obispo, su mensaje social, debemos acompañarlo en su sentimiento de dolor, que nos consta, por lo que el proceso de su renuncia significó de deterioro para el señor nuncio. Este, ante los insultos y manifestaciones adversas, no se defendió, no respondió, no exigió sanciones. El también debió llevar una parte de la cruz que hizo estremecer los corpulentos hombros de Podestá. Dos hombres de mentalidad diferente, bebieron juntos de un mismo cáliz. Ambos fueron calumniados. De ambos se dijo que su carrera estaba terminada.

Pero la fe cristiana no comprende el lenguaje de las "carreras y escalafones eclesiásticos". La amistad y afecto que unía a Podestá con el nuncio pudo superar una dura prueba. Se cumplió así el lema que orientó la acción pastoral del obispo de Avellaneda: **que todos sean uno**, y esto a despecho de los que deseaban agudizar el conflicto para acelerar el proceso, al menos por eclosión, de la Iglesia argentina. Podestá y el nuncio nos recuerdan la forma cómo el Concilio trascendió e integró la diversidad de tendencias en su seno.

Nos parece ridícula la disyuntiva que conjeturan para monseñor Podestá los comentarios de varias revistas: aspirar a una vejez sin convulsiones, en una apacible sede, o mantener su actitud de combate con el peligro de ser segregado de la Iglesia argentina. Nos atrevemos a pensar que la misión de Mons. Podestá comienza ahora. Lo que precede fue su noviciado. Revivió la pasión de Cristo, la fe lo conducirá hacia el Cristo glorificado. Y si pensamos en términos de carrera eclesiástica, no nos sorprendamos demasiado si conocemos algún día al Cardenal Podestá. □

**Ignacio Pérez del Viso S. I.**